

Voces para el Diccionario de Historia de España,
biográficas y temáticas

BIOGRÁFICAS:

ÁLAVA y VIAMONT, Diego de (1557-1596). Nacido en Vitoria. Autor de un célebre tratado de ingeniería militar: *El perfecto Capitán, instruido en la disciplina militar, y nueva ciencia de la Artillería* (Madrid, 1590). Abogado de profesión, sólo por lazos familiares estaba relacionado con la milicia, ya que su padre, Francisco de Álava, había sido capitán general de Artillería. Diego de Álava estudió en Alcalá de Henares y, por insistencia paterna, cursó también matemáticas con Jerónimo Muñoz en Salamanca. Precisamente por su falta de vinculación personal al ejército, vaciló algún tiempo en publicar su obra, temiendo pudiera tener una acogida desfavorable por ese motivo. Había acabado de escribirla en 1587, y tardó tres años en darla a la luz. *El perfecto Capitán* se halla dividido en seis libros. Los dos primeros tratan de dicha jerarquía militar y de las cualidades y preparación inherentes a la misma. El resto constituye un auténtico tratado de Artillería, ilustrado con profusión de grabados. El autor hace de la geometría y de la aritmética los fundamentos del arte militar, negando validez a los meros conocimientos empíricos. Corrige, además, algunos cálculos de Tartaglia respecto al alcance de las piezas de artillería. La obra alcanzó gran difusión en Europa, especialmente entre los ingenieros italianos. Con Collado y Ufano forma la trilogía de los grandes autores de ingeniería militar de la época. (IV, pp. 28-29).

BAZÁN, Álvaro de (marqués de Santa Cruz) (1526-1588). Natural de Granada, bien pronto despertó su afición por el mar. Y no era nada extraño que así fuera, ya que su padre -llamado como él- fue un experto marino que había llegado a ocupar el cargo de capitán general de las galeras de España, el mismo que, al correr de los años, ostentaría también su hijo. Precisamente a su lado hizo sus primeras armas Álvaro de Bazán cuando contaba apenas dieciséis años, participando en una acción naval contra los franceses que tuvo por escenario las aguas de Galicia. Sus comienzos como capitán al mando de una flota los realizó en la zona de Gibraltar, protegiendo las naves procedentes de América de los ataques corsarios. Intervino luego en varios hechos bélicos relacionados con los enclaves españoles en el norte de África, como la expedición enviada por Felipe II en auxilio de Mazalquivir y Orán, cercados por Hassán, el hijo de Barbarroja, expedición que logró poner en fuga al argelino (1563).

Al año siguiente participan Bazán, al mando de una flota auxiliar, en la reconquista del Peñón de Vélez de la Gomera, que España perdiera en 1522. Logrado este objetivo, recibió el encargo de fortificar convenientemente las defensas de la plaza recién recobrada (1564). Su próxima actuación en este escenario

norteafricano podía haber sido la destrucción del foco pirático de Tetuán, único existente entre Argel y Gibraltar. Bazán había concebido la idea de obstruir su ría con chalupas cargadas de piedras y de cal. Pero el éxito de la operación dependía fundamentalmente del secreto con que se llevara a cabo, y conocedor de las informaciones filtradas por los ingleses a los moros a este respecto, desistió de su propósito. En 1565 atacó Solimán a los Caballeros de San Juan de Malta y Felipe II envió tropas en ayuda de la sitiada ciudad, trasladando hasta su destino la armada mandada por Bazán. Tres años después, en 1568, es nombrado capitán general de las galeras de Nápoles, y con sus naves combatió la piratería magrebí que atacó las costas de aquel reino, debiendo además coadyuvar a las empresas que el nuevo capitán general de la Mar, don Juan de Austria, llevara a cabo. Y, en consecuencia, don Álvaro de Bazán tomó parte activas en la batalla de Lepanto al frente de treinta galeras de reserva, destinadas a remediar las situaciones de mayor peligro. Su maestría y habilidad quedaron palpables en varios momentos del combate y libraron a la nave real de don Juan de Austria - blanco de la armada turca- de caer en poder del enemigo. Es curioso señalar que las acciones reseñadas hasta aquí tuvieron un carácter netamente defensivo. La flota se utilizó en todas ellas para proteger guarniciones y acudir en auxilio de lugares amenazados. En Lepanto, por el contrario, se tomaba la iniciativa por primera vez y se pasaba a la ofensiva.

El éxito de Lepanto marca el final de los grandes enfrentamientos por la supremacía del Mediterráneo. La política española, a partir de entonces, tomará otro derrotero eminentemente atlántico, sobre todo después de la anexión de Portugal por Felipe II, suceso en el que intervino también don Álvaro de Bazán. Y completó esta intervención con la conquista de las Azores o Terceras, último baluarte del prior de Crato -el rival del monarca español en sus pretensiones al trono portugués- pese a la ayuda prestada a las islas por la escuadra francesa del almirante Strozzi. La superioridad numérica de los franceses fue contrarrestada por la destreza de Bazán, quien utilizó la misma táctica que en Lepanto: atacar con la mayor parte de la flota, dejando una flotilla de reserva para que acudiera en socorro de los puntos de mayor peligro. Un rápido desembarco por sorpresa para conquistar la capital acabó poniendo las islas en manos españolas, destruyendo así las aspiraciones francesas al dominio de este importante enclave, escala natural en la navegación hacia las Indias (1582). En reconocimiento de esta acción, Felipe II nombró a Bazán capitán general del Mar Océano.

La empresa de Inglaterra se presentaba como la culminación de la brillante carrera del marqués de Santa Cruz. Los continuos ataques de los piratas ingleses a las costas españolas y al comercio indiano, así como la ayuda británica prestada a los rebeldes holandeses, resolvieron el ánimo de Felipe II a poner fin a tales provocaciones. Y en 1586 pide a don Álvaro de Bazán que elabore un proyecto para la invasión de Inglaterra. Con sorprendente rapidez cumple el almirante la orden del monarca y a los quince días le entregaba su informe. En respuesta, recibe el encargo de organizar la Armada de la invasión y ocuparse de los avituallamientos y pertrechos necesarios, cometido en el que

encontró serias dificultades. La muerte le sobrevino sin haber podido ultimar el deseo regio. (IV, pp. 127b-128b).

COLOMA, Carlos (1566-1637). Natural de Elda. Cronista de las guerras de Flandes -en las que tuvo una destacada actuación personal-, recopiló los sucesos de tales campañas en su obra *Las guerras de los Estados Bajos desde 1588 hasta el de 1599* (Amberes, 1625). Del linaje de los condes de Elda, empezó su carrera militar en Flandes como simple soldado (1588), hasta alcanzar más tarde el grado de maestre de campo. En mayo de 1600 fue designado capitán general de las fronteras de Perpiñán, y a lo largo de su vida ocuparía otros muchos y elevados cargos: virrey de Mallorca (1611); gobernador de Cambrai (1618); embajador en Inglaterra, en dos ocasiones (1622 y 1630), desde cuyo puesto hubo de hacer frente a situaciones delicadas -cuestión del Palatinado, defensa de los católicos ingleses, proyecto de matrimonio del príncipe de Gales con una infanta española, etc.-; y capitán general de Cambresis (1635). En julio de 1636 fue nombrado miembro del Consejo de Estado, broche último de su dilatada actividad profesional. En el prólogo de su obra *Las guerras...* expone su propósito de narrar los acontecimientos vividos por él, tal y como sucedieron, al tiempo que critica a quienes se permiten relatar hechos que no presenciaron, utilizando simplemente fuentes francesas e italianas. Y extiende su crítica a cuantos escriben sobre cuestiones militares sin ser profesionales de las armas. Coloma falleció en 1637 en Madrid. (IV, p. 225a).

DORIA, Juan Andrea (1466-1560). Perteneciente a la Casa de los Doria, que ya desde el siglo XII se había distinguido como una poderosa familia genovesa dedicada principalmente a la política y al comercio. No obstante, las luchas entre güelfos y gibelinos y el acceso de estos últimos al poder, así como la contracción experimentada por el comercio, produjeron una rápida decadencia del linaje, que Andrea Doria restituiría a su antiguo esplendor. Su primera actividad se desarrolló como *condottiero* o mercenario de príncipes italianos y del propio papa. Así, en 1484 formó parte del ejército pontificio donde adquiriría experiencia militar pasando luego al servicio del duque Federico de Montefeltro, etapa poco documentada de su vida. Más tarde figuró en el bando francés en el enfrentamiento entre Carlos VIII de Francia y los Reyes Católicos por el dominio de Nápoles, teniendo una destacada actuación en varios momentos, como en la defensa de la fortaleza de Rocaguillerma, cercada por las tropas de Gonzalo de Córdoba. Después de una breve tregua -que sirvió para un mejor conocimiento mutuo de ambos jefes-, el *Gran Capitán* levantó el asedio y Andrea Doria marchó a Francia para reclamar del nuevo monarca Luis XII compensaciones económicas por defender el pabellón de este país en suelo italiano.

El continuo hostigamiento ejercido por los piratas sobre el comercio genovés le brindaría una nueva oportunidad de acción que ya no abandonaría hasta su muerte: la lucha naval en el Mediterráneo. En este sentido, y como almirante de la flota genovesa, su objetivo se centraba en la persona de Barbarroja.

De 1522 a 1526, continúa al servicio de Francia e interviene con sus naves en un intento para liberar al rey Francisco I, cautivo de los españoles desde la batalla de Pavía. Pero luego de este hecho, cambia de actitud y abandona la causa francesa. Y tras haber desempeñado durante dos años el cargo de almirante de la armada pontificia, pasa definitivamente al servicio de Carlos V (1528) hasta el resto de sus días. Las galeras de Doria permitían al emperador disponer, por vez primera, de una flota naval regular que emplea inmediatamente en el cerco de Nápoles, obligando a los franceses a levantarlo. Facilitándole asimismo la obtención de créditos de los ricos mercaderes genoveses para sus empresas. Doria, a su vez, buscaba el apoyo español para liberar a su patria del dominio francés. Y logrado este propósito, Génova se constituye bajo las directrices de Doria en república aristocrática gobernada por un dogo, elegido cada dos años, cargo que él se niega a aceptar. La etapa de 1530-1541 tiene como claro denominador común la lucha por el dominio del Mediterráneo occidental y el deseo de acabar con la piratería berberisca. En tales afanes participó activamente Doria, y el éxito de Túnez (1535) o la expedición de Argel (1541), realizada contra su criterio, son ejemplos de su intervención. Tras la muerte de Barbarroja, es Dragūt el punto de mira de Doria, y el ataque a Djerba, refugio de este pirata, es precisamente la última de las empresas que dirigió en persona. (IV, p.262a-b).

FARNESIO, Alejandro (1545-1592). Hijo de Octavio Farnesio y Margarita de Parma -hermana de Felipe II- y sobrino, por tanto, del monarca español. Nació en 1545 en Roma. Durante su adolescencia fue compañero de estudios en Alcalá de Henares del príncipe don Carlos y de don Juan de Austria. Con este último mantuvo siempre una estrecha amistad. En 1565 contrajo matrimonio con María, hija menor del rey de Portugal Manuel el Afortunado, celebrándose la boda en Bruselas, donde su madre residía como gobernadora que era de los Países Bajos desde 1559. A la edad de 26 años combatió en la batalla de Lepanto (1571), dando muestras de excepcional valor. Con esta empresa culminaba la política mediterránea de Felipe II y Farnesio regresó a Parma, donde permaneció inactivo durante dos años (1575-1577). Mas los sucesos de Flandes y la difícil situación que atravesaba su gobernador don Juan de Austria, iban a propiciar la vuelta de Farnesio al ejercicio de las armas. Como consecuencia de la llamada *Pacificación de Gante* las tropas españolas habían tenido que abandonar los Países Bajos, pero los rebeldes rompieron pronto la tregua y desencadenaron las hostilidades. Felipe II determinó entonces enviar a aquellos territorios los tercios de Italia y puso a su frente a Alejandro Farnesio.

Apenas llegado a Flandes, su intervención fue decisiva en una serie de acciones que sirvieron para consolidar las provincias españolas. La carga de la caballería de Glembox (1578) y las operaciones militares de Limburgo y Dalem fueron algunas de ellas. A la muerte de don Juan de Austria le sucedió como gobernador de los Países Bajos, en cuyo puesto tuvo múltiples ocasiones de demostrar sus dotes de hábil político y experto estratega. Utilizando a veces la fuerza y otras el soborno o la magnanimidad con los vencidos, supo hacerse de nuevo con los

territorios que habían caído en poder de los rebeldes, si bien es cierto también que Farnesio dispuso de mayores recursos económicos que sus predecesores en el cargo. El *Tratado de Arras* (enero de 1579), aunque ultimado sin la perceptiva firma del rey, supuso un notable éxito para el nuevo gobernador en cuanto representaba la vuelta de las provincias valonas a la obediencia de Felipe II. Este acuerdo tuvo su contrapunto, por parte rebelde, en el *Tratado de Utrecht* firmado por las siete provincias del Norte, que ratificaba de forma rotunda la escisión de los Países Bajos en dos bloques irreconciliables en razón de sus diferencias religiosas. Decidido a terminar con la resistencia enemiga, Farnesio concentró sus tropas sobre Flandes y Brabante. Y fruto culminante de esta táctica fue la toma de Amberes (1585), que supuso la consolidación del dominio español sobre las provincias meridionales, al tiempo que provocaba la consiguiente desmoralización en la coalición de Orange. La política de Felipe II frente a Inglaterra, y sus aspiraciones al trono de Francia para su hija Isabel Clara Eugenia, motivaron la intervención de Farnesio y sus tercios en nuevos frentes, perjudicando así la causa española en los Países Bajos, con gran sentimiento del propio Farnesio que mantuvo sus discrepancias ante el monarca. (IV, p. 289a-b).

FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Gonzalo (el Gran Capitán) (1453-1515). Nació en Montilla (Córdoba); pertenecía a la casa de Aguilar, y a los doce años entró como paje al servicio del príncipe don Alfonso. Muerto éste a edad temprana, fue llamado a la corte de Segovia por la reina Isabel, discurriendo su vida, a partir de entonces, entre esa ciudad y su solar de Córdoba, de donde fue caballero XXIV. Y en Córdoba también contrajo matrimonio con su prima Isabel de Montemayor, que moriría pronto sin haberle dado descendencia. Las guerras de Granada significaron para Gonzalo su iniciación en la vida militar, y tuvo en ellas destacadas actuaciones, de modo especial en el sitio de Tájara y en la toma de Illora. Al éxito de tales acciones contribuyó en buena parte la utilización que hizo de la información facilitada por una eficaz red de espionaje, recurso que volvería a emplear más tarde en múltiples ocasiones. Por su amistad con el último monarca nazarí, Boabdil el Chico, los Reyes Católicos le confiaron diferentes embajadas que culminaron con las negociaciones finales para la entrega de Granada. Como recompensa por sus servicios, obtuvo Gonzalo la enmienda de la Orden de Santiago, así como la concesión del señorío de Órjiva y determinadas rentas sobre la seda, todo lo cual venía a representar más de dieciséis mil ducados anuales.

Tras de la capitulación granadina, un nuevo teatro de operaciones reclamaría la presencia de Gonzalo de Córdoba. Ésta vez sería Italia, mosaico de rivales ciudades-estado y escenario de la confrontación entre españoles y franceses por la posesión de parte de su territorio. Este clima de tensión se vería agravado además por la ambición de algunos príncipes italianos que soñaban con poner fin a la fragmentación política existente y constituirse en cabezas de un estado unificado. En 1493 firmaba España el *Tratado de Barcelona* con Francia, en virtud del cual el monarca francés Carlos VIII restituía el Rosellón a Cataluña a cambio del compromiso español de no apoyar a ningún enemigo

de Francia, salvo al papa. Tal excepción brindaría poco después a los soberanos españoles la posibilidad de intervenir en ayuda de Nápoles, feudo pontificio, invadido por los franceses en su deseo de utilizarlo como trampolín para la conquista de los Santos Lugares, aspiración de Carlos VIII. Por mandato de los Reyes Católicos, acude Gonzalo de Córdoba en socorro del auxiliado monarca napolitano y, tras dos años de lucha y un primer revés sufrido en Seminara, logra recuperar aquel territorio, con acciones tan relevantes como la conquista de Reggio, Atella y la propia ciudad de Nápoles, que justificaron cumplidamente el sobrenombre de *Gran Capitán* que le fue atribuido. El título de duque de Satángelo premiaba además la victoriosa actuación de Gonzalo en Italia, quien regresó a España en 1498 para descansar aquí durante un año.

Las querellas entre Francia y España por el suelo napolitano quedaron zanjadas, de momento, con la firma del *Tratado de Granada* en 1500, que establecía el reparto de aquel territorio en dos zonas de influencia. La parte norte quedaba adjudicada a los franceses y la meridional a España. Pero el expansionismo galo rompió pronto este precario equilibrio. Luis XII invadió la Basilicata y Capitanata cuyas rentas, según el mencionado tratado, habían de repartirse entre las dos potencias firmantes. En consecuencia, las hostilidades quedaban rotas de nuevo y Gonzalo -que se hallaba en Cefalonia luchando contra los turcos- fue enviado a Italia por segunda vez. Su oponente francés, el duque de Nemours, mandaba un ejército superior en número al español por lo que resolvió mantener una guerra de posiciones, reforzando las defensas de ciertos enclaves estratégicos y fortificándose él mismo en Barletta. El enemigo consiguió adueñarse de Canosa, defendida por Pedro Navarro, pero no logró hacer salir a Gonzalo de su reducto de Barletta. Cercado en él por los franceses, resistió durante nueve meses el asedio, hasta que en 1503 decidió por fin presentar batalla, haciéndolo en Ceriñola, donde la rapidez de movimientos de la infantería española, de la que formaban parte muchos miembros de la nobleza, se impuso a la mayor lentitud de los infantes galos, que eran atacados sin cesar por el fuego de los arcabuceros. El triunfo en Ceriñola tuvo su continuación inmediata en otra gran batalla, la de Garellano, sostenida ese mismo año de 1503 y decantada también en favor de Gonzalo de Córdoba y sus tropas. Consecuencia de ambas victorias fue el quedar adscrito Nápoles, a partir de entonces y de forma definitiva, a la esfera de influencia española, manteniéndose así hasta bien entrado el siglo XVIII.

Con la muerte de la reina Isabel (1504) se inicia un distanciamiento entre Fernando el Católico y su *Gran Capitán* que ya no cesaría. Los diferentes puntos de vista de ambos en cuestiones de política exterior así como la firma del *Tratado de Blois* (1505) por el que Fernando se comprometía a devolver a Luis XII las tierras de los príncipes angevinos que Gonzalo había dado a sus oficiales como recompensa por sus servicios, pudieron ser los motivos del distanciamiento. Destituido del gobierno de Nápoles en 1507, Gonzalo regresó a España, donde permanecería ya hasta su muerte (Granada, 1515), pese a sus deseos de volver a Italia manifestados al rey en repetidas ocasiones. Era evidente que el monarca no le quería lejos, y

menos en Italia. Gonzalo Fernández de Córdoba había renovado la concepción medieval de la guerra de choque, sustituyéndola por el empleo de una táctica moderna de defensa-ataque, basada en la utilidad de la infantería como cuerpo principal del ejército, dotándola de una mayor movilidad y de una superior potencia de fuego. (IV, pp.302a-303a).

LONDOÑO, Sancho de (1ª mitad del siglo XVI-?). Militar del siglo XVI, autor de un célebre tratado titulado *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*, reimpresso varias veces, y de una poco conocida colección de poemas, *Laberinto de las cosas de España, soliloquios del Estado de la Monarquía*. Estudiante en Alcalá de Henares, caballero de la Orden de Santiago (1554), y maestro de Campo del Tercio de Infantería de Lombardía, salió de Italia con este tercio (1567) hacia los Países Bajos para integrar el ejército del duque de Alba. Participó en la toma de Dalem, y tuvo a su cargo el mando de la zona próxima a Amberes. Su *Discurso...*, escrito en 1568 a instancias del propio Alba, refleja la personalidad de Londoño, oficial severo que postulaba la obediencia como principio castrense fundamental. Esta obra es un breve compendio de disciplina militar que trata de la organización de la compañía, el tercio y el ejército, así como de los diferentes grados de la milicia, con expresión de las obligaciones y cometidos de cada uno. Incluye, además, algunas indicaciones sobre el armamento, jornadas de marcha y manera de instalar los campamentos. Las ideas y observaciones de Londoño fueron tenidas muy en cuenta por el duque de Alba ante la carencia de una normativa específica sobre la materia, y recogida más tarde por diferentes tratadistas, sirviendo de base asimismo a Ordenanzas militares posteriores. (IV, p. 489b).

NAVARRO, Pedro (1460-1528). Natural de la localidad navarra de Garde. De origen humilde, pasó a Italia y militó como soldado de infantería en las guerras entre florentinos y genoveses (1478), donde adquiriría notoriedad por su maestría en el manejo de la pólvora. Entró luego al servicio del marqués de Cotrón, en beneficio del cual practicó el corso por el Mediterráneo. De 1500 a 1507 intervino, al lado del *Gran Capitán*, en las guerras de Italia, y tuvo una distinguida actuación en la batalla de Ceriñola, así como en la toma de Nápoles, concediéndosele, por ello, el condado de Oliveto. En 1508 un nuevo teatro de operaciones reclama la presencia de Navarro. Esta vez es el Norte de África. El peñón de Vélez de la Gomera es ocupado por las tropas a su mando en dicha fecha. Y nombrado lugarteniente de la expedición dirigida personalmente por el Cardenal Cisneros contra Orán, logra apoderarse de esta plaza (1509), y al siguiente año de las de Bugía y Trípoli. El esfuerzo de Pedro Navarro contribuía así a afianzar la influencia española en el litoral norteafricano, apoyada además por la adhesión de Argel, Túnez y Tremecén, cuyos monarcas se declararon vasallos de Fernando el Católico.

Vuelto de nuevo a Italia, en 1512, participa en la batalla de Rávena como capitán general de la Infantería, pero la suerte le fue adversa, cayendo prisionero de los franceses junto con el futuro papa León X, con quien siempre le unió una estrecha

amistad. Los españoles no consiguieron su liberación en las largas negociaciones entabladas con este fin y, por último, fue Francisco I quien pagó el elevado rescate. Y es que el monarca galo abrigaba desde hacía tiempo el deseo de contar con los servicios de tan prestigioso militar. Así pues, obtenida su libertad, le nombró general del ejército francés que operaba en Italia. Navarro alcanzó en su nuevo cargo éxitos tan resonantes como la destrucción del sistema defensivo de Novara ante la artillería por él mandada, y la conquista de Milán. Pero en Génova cayó prisionero de los españoles, quienes le condenaron a reclusión indefinida en Nápoles (1522-1526), pese a la intervención de los Caballeros de San Juan. Los años de cautiverio los dedicó a escribir sus memorias y experiencias en el arte de la guerra. Por el Tratado de Madrid (1526) recobró la libertad y volvió de nuevo al servicio de Francisco I, quien le colmó de honores, poniéndole al frente de 17 galeras que impedirían el abastecimiento de Génova por mar. Más tarde, asedió Nápoles, pero la peste diezmo sus tropas y hubo de levantar el cerco. En la retirada fue capturado por los españoles, siendo confinado en la fortaleza de Castelnuovo, donde murió en circunstancias no bien aclaradas. (IV, p.609a-b).

ROJAS, Cristóbal de (1555-1614). Al parecer, estudió matemáticas en Toledo, su ciudad natal, pero su experiencia como arquitecto la adquirió en buena parte trabajando al lado de Juan de Herrera en las obras de El Escorial. Su actividad profesional fue dilatada y ejercida en múltiples lugares. En Sevilla construyó una presa sobre el río Guadajoz que le proporcionó fama y prestigio. Y ya en el campo específico de la arquitectura militar, alcanzaron notoriedad la serie de fortificaciones que realizó en Bretaña, especialmente las de Blabet y el Fuerte del León, en Brest; las de Tarifa y otros puntos del Norte de África; y, sobre todo, las obras de defensa efectuadas en Cádiz, tras el saqueo de esta ciudad por Drake en 1596. Dictó lecciones en la Academia de Matemáticas de Madrid, siendo éstas el fundamento de sus posteriores publicaciones. Sus tratados sobre fortificación incluyen importantes innovaciones, como la diferente forma de los baluartes o la supresión del revestimiento del contraescarpe, junto a prácticas ya obsoletas, como el antiguo parapeto de piedra. No obstante, es el primer español que escribió un tratado completo sobre fortificación. Fue autor de dos tratados de fortificación: *Teoría y práctica de fortificación* (1598), y *Compendio y breve resolución de fortificación* (1613); y un tercero sobre milicia, titulado *Sumario de la milicia antigua y moderna* (1598). Cristóbal de Rojas falleció en Cádiz en 1614. (IV, p. 741b).

TEMÁTICAS:

AMBERES, Saqueo y conquista (1576/1584-85). Las fechas del epígrafe aluden a dos momentos cumbres de la historia de la ciudad en el marco de las Guerras de Flandes. Situada en el corazón de Brabante, enlazada con el Mar del Norte por el Escalda, Amberes era una de las diecisiete provincias de los

Países Bajos, y un emporio comercial con más de cien mil habitantes. La penuria que atravesaba el erario público español venía ocasionando desde hacía tiempo continuos retrasos en el pago de las tropas que acusaban por ello un lógico malestar. El gobernador Luis de Requeséns había tenido que sufrir esta situación durante su mandato y con su muerte (5 de marzo 1576) las perspectivas de cobro se venían todavía más reducidas. La situación en los Países Bajos era de provisionalidad. En tanto designaba Felipe II al sucesor de Requeséns, el Consejo de Estado había asumido las funciones de gobierno pero su inclinación a la causa rebelde era patente. El descontento del ejército por el impago de sus haberes cristalizó en una manifiesta relajación de la disciplina, con su secuela de desmanes y motines continuos. Uno de ellos, el más feroz, ocurrió el 4 de noviembre de ese año de 1576 y duró tres días en los cuales la *furia española* actuó con violencia desatada. Amberes fue saqueada y su población sufrió las vejaciones y abusos de la soldadesca, que se cobró 8.000 vecinos. Las consecuencias fueron nefastas para los intereses españoles ya que provocó la alianza de las provincias meridionales, hasta entonces afectas a la Corona, con los rebeldes del Norte, suscribiéndose la *Pacificación de Gante*, por la cual se decidía la expulsión del suelo flamenco de las tropas españolas a la vez que se decretaba la libertad religiosa, solicitándose la tutela y protección francesa. Amberes caía en poder de los calvinistas un año después. Y no volvería a dominio español hasta que Alejandro Farnesio, a la sazón gobernador de los Países Bajos, la conquistó el 17 de agosto de 1585, tras un largo asedio iniciado a finales del año anterior. Decisiva para el triunfo fue la idea de Farnesio de construir un dique o *estacada* sobre un recodo del Escalda, a dos leguas de Amberes, con el fin de cortar la navegación por este río e impedir el abastecimiento de la ciudad por mar. La obra quedó terminada el 24 de febrero de 1585 y entre los repetidos intentos que hicieron los sitiados por destruirla, el más vigoroso tuvo lugar el 5 de abril, cuando lanzaron contra ella un curioso ingenio ideado por Giambelli consistente en dos navíos, la *Fortuna* y la *Esperanza*, cargados de explosivos. Sólo el segundo alcanzó el objetivo, causando más de 800 muertos, pero no logró destruir la *estacada*. Amberes acabó por capitular en la fecha ya señalada, y Farnesio concedió perdón general a sus habitantes, si bien les obligó a restituir las propiedades arrebatadas a los prelados. (V, pp. 48b-49a).

ARGEL, Expediciones contra (1541, 1775). El sueño cisneriano de arrebatar al Islam y ganar para la Cristiandad una amplia zona del territorio norteafricano se vio truncado muy pronto, pese al triunfo inicial de la conquista de Orán (1509) y las restantes victorias de Pedro Navarro. Los acontecimientos posteriores, encabezados por el desastre de Gelves (Djerba) en 1510, vendrían a demostrar la fragilidad del dominio español, que sólo pudo mantenerse con cierta permanencia duradera en algunos puntos del litoral magrebí. Y no es que Carlos I se desentendiera de los asuntos norteafricanos. Por el contrario, abrigó siempre el deseo de acabar con las correrías de los piratas berberiscos que, tomando Argel como centro, perturbaban la navegación por el Mediterráneo occidental y sometían a pillaje las costas del

Levante español. Pero los continuos conflictos que la política europea planteaba distraían su atención de aquel objetivo. Argel pertenecía a los corsarios Barbarroja desde que, en 1516, el mayor de los hermanos, Arūy, se había apoderado de la plaza proclamándose rey y ese mismo año hubo de rechazar un ataque español dirigido contra la ciudad por Diego de Vera. Pero en 1518 moría Arūy en Tremecén a manos de los españoles, y le sucedía en el trono de Argel su hermano Jayr al-Dīn, el más célebre de la familia Barbarroja, quien tendría que hacer frente a un nuevo intento español de conquistar Argel, dirigido esta vez por Hugo de Moncada (1519), que terminó también en fracaso; Jayr al-Dīn consolidó su situación acatando la soberanía del sultán otomano Selim I y buscando, por otro lado, la amistad de Francia. Y en 1529 asesta un duro golpe a las aspiraciones españolas sobre Argel al apoderarse del Peñón, que, frente a esta ciudad, fortificara en su día Pedro Navarro y que, inverosímilmente aún, permanecía bajo dominio hispano. Los ciento cincuenta hombres que lo defendían, al mando de Martín de Vargas, sucumbieron casi en su totalidad.

Cuando en 1535 emprende Carlos I la victoriosa campaña de Túnez, el éxito alcanzado le anima a pensar en la conquista de Argel como siguiente objetivo, pero un nuevo conflicto con Francia le obliga a posponer tal proyecto e intenta, incluso, atraerse la amistad de Barbarroja, con resultado negativo. Por fin, en 1541, el monarca español estima llegado el momento de lanzarse contra Argel. La abundante documentación que conserva el Archivo General de Simancas sobre esta empresa permite constatar el cuidado con que se llevaron a cabo los preparativos en víveres, hombres y pertrechos de guerra, pretendiendo siempre, sin conseguirlo, despistar al enemigo sobre el verdadero destino de la expedición. El propósito de Carlos I era el de realizar la acción en septiembre, pero lo cierto es que hasta el mes siguiente no pudo hacerse a la mar, en época climatológicamente poco propicia. Como era previsible, la lluvia y el viento hicieron acto de presencia y, unidos a la fuerte resistencia de los argelinos, provocaron el fracaso de la expedición. Las consecuencias fueron desastrosas para el prestigio español en el Mediterráneo, que vio intensificarse la actividad de los corsarios en sus aguas.

Tras el revés de 1541 se interrumpen durante dos siglos las grandes expediciones españolas contra Argel, aunque este enclave continuaba siendo un foco de piratería y hostigamiento para el comercio y la navegación. Y fue Carlos III quien asumió de nuevo la tarea de acabar con las agresiones argelinas. La más famosa, y también la más nefasta, de las acciones emprendidas contra Argel durante su reinado fue la realizada en 1775, bajo el mando del teniente general conde O'Reilly. El conde de Fernán Núñez, participante en la empresa y cronista de los hechos, indica en su *Vida de Carlos III* que el ejército expedicionario se componía de veinte mil hombres y la flota de ocho navíos, ocho fragatas, veinticuatro jabeques, algunas bombardas y galeotes, más otros barcos para el transporte de las tropas y los avituallamientos, totalizando 381 barcos, como señala el mismo autor en su *Diario* de la expedición. El mando de la escuadrilla ostenta Pedro González de Castejón. Al amanecer del día 23 de

junio de 1775 salían las naves de Cartagena, luego que el *Velasco*, buque insignia, diera la señal para hacerse a la mar. Pero, apenas iniciada la marcha, ante un cambio de tiempo, hubieron de buscar refugio aquel mismo día en La Subida, al oeste de Cartagena, donde permanecieron hasta la mañana del 26, en que nuevamente se dio orden de partida, que sólo pudieron obedecerla ciento veinte embarcaciones, por haber amainado el viento. Las restantes no abandonaron aquel puerto hasta el día siguiente. La primera parte del convoy anclaba en la bahía de Argel el 30 de junio; la segunda lo hacía el 1 de julio, según indica Fernán Núñez en su *Diario*, si bien este autor, en la *Vida de Carlos III*, precisa que la vanguardia de la escuadra llegó a Argel el 1 de julio y los rezagados poco después.

El asombro de los expedicionarios fue grande al encontrarse con un enemigo preparado para repeler el ataque, cuyos campamentos y artillería dominaban las colinas que bordean la bahía. El cuidado puesto en llevar los preparativos de la acción con el mayor sigilo, a fin de contar con el factor sorpresa, no habían servido de nada ante las informaciones filtradas a los argelinos por Francia y Marruecos. Tras algunas vacilaciones sobre el lugar y día del desembarco, O'Reilly dio orden de efectuarlo al amanecer del 8 de julio y ese mismo día, por la tarde, reembarcaban las tropas, habiéndose dejado sobre el terreno 528 muertos. El 15 de julio entraba O'Reilly en Alicante, siendo blanco de las críticas y burlas del pueblo, manifestadas en buen número de coplillas y romances, que alcanzaron también a la persona de su valedor, el ministro de Estado marqués de Grimaldi. (V, pp. 73b-74b).

GUERRA DE LOS PAÍSES BAJOS. Los Países Bajos constituyeron uno de los puntos vitales de la Monarquía Hispánica, y para sujetarlos hubo de librar los más duros encuentros, derrochando hombres y dinero. El interés de la Corona por conservar aquellos territorios venía fundamentado en diversas razones, unas de carácter dinástico y estratégico y otras de tipo económico, ya que, desde la Baja Edad Media, los Países Bajos eran el punto de destino de la ruta marítima que se iniciaba en los puertos cántabros. Carlos V vislumbró ya lo difícil que podía llegar a ser el gobierno de Flandes, pues conoció los serios altercados provocados por la furia popular en Bruselas y en su propia ciudad natal de Gante. De ahí que negociara con Inglaterra la cuestión de Flandes, acordando que su gobierno sería para los hijos nacidos del matrimonio del príncipe Felipe y María Tudor. La temprana muerte de ésta (1558), sin descendencia, vino a dejar sin efecto tal acuerdo, y, en consecuencia, los Países Bajos retornaron a la Monarquía española. Felipe II, pese a contar con una inmejorable preparación por haber residido largas temporadas en Flandes, practicó una política desacertada con los territorios del norte, ignorando su creciente dinamismo, hasta el punto de provocar una confrontación bélica.

Algunos autores han denominado a esta contienda *la primera revolución moderna*, que fue conservadora en términos sociológicos, como dirigida por sectores de la burguesía mercantil e industrial, seguidores del incipiente calvinismo. En realidad, fue un levantamiento complejo, suscitado en su origen por motivos

ideológicos y de tipo religioso, así como por la maduración de un sentimiento nacionalista. El gobierno autoritario de Margarita de Parma y de su consejero el cardenal Granvela provocó el levantamiento de la nobleza, encabezada por Guillermo de Orange, cuyo primer éxito fue conseguir la destitución del cardenal. Las revueltas de Flandes (1566) fueron seguidas de otras análogas en varias ciudades, procediendo las turbas con violencia desatada, especialmente sobre bienes de la Iglesia, odiada por sus onerosos gravámenes. La nobleza reaccionó ante tales acontecimientos proclamando su lealtad al rey, y, con este apoyo, la gobernadora actuó enérgicamente para reprimir a los alborotadores. El monarca español y su Consejo de Estado decidieron adoptar una política de mano dura con respecto a Flandes y enviaron al duque de Alba para ponerla en práctica (1567). Apenas llegado, creó el Consejo de Tumultos, entre cuyas atribuciones se incluía la de ordenar la ejecución de los rebeldes. Los condes de Egmont y de Horn se contaron entre sus primeras víctimas. Tiempo después, el duque llevó a cabo un rápido despliegue militar que no consiguió, sin embargo, reducir a los sublevados. El fracaso se debió, en parte, a haberse interrumpido las subvenciones económicas desde España. Y por ello, a fin de contrarrestar esta carencia de medios, impuso Alba una dura política fiscal, altamente impopular. Su intento de conseguir el dominio del mar resultó igualmente fallido por la oposición de los marinos holandeses, declarados en abierta rebeldía -los célebres *mendigos del mar*-, quienes contaron, primero, con el apoyo de los puertos ingleses y el de la Rochela, feudo de los hugonotes franceses, para conquistar después los puertos de Flesinga y de Briga (1572), desde los que controlaban toda la zona marítima flamenca. Se hacía necesario, pues, desalojar de sus bases a los rebeldes marinos, pero las naves enviadas contra ellos resultaron insuficientes para este propósito.

El nombramiento de Luis de Requeséns como gobernador de los Países Bajos supuso una nueva orientación política, basada en el pacto y la moderación, pero la tradicional falta de recursos la hizo fracasar. Recuérdese que en 1575 se había producido la segunda bancarrota importante, y el retraso en percibir las pagas soliviantó a la soldadesca, que estalló en repetidos motines. El más violento tuvo lugar ya muerto Requeséns, y derivó en el saqueo de Amberes (1576), incidente que sirvió para aproximar las provincias del norte y las meridionales. Por la *Pacificación de Gante*, que ambas suscribieron, obtenían la retirada de las tropas españolas de suelo flamenco y la libertad religiosa. El siguiente gobernador de los Países Bajos, don Juan de Austria, cumplió la primera parte del acuerdo ordenando la salida de los tercios a cambio de la sumisión de los rebeldes. Pero tras de su marcha estallaron nuevos levantamientos, que hicieron precisa la vuelta de las tropas. Alejandro Farnesio, designado gobernador de los Países Bajos, las mandaba. Utilizando a veces la diplomacia y otras la fuerza de las armas, emprendió el nuevo gobernador la tarea de restituir a la obediencia de Felipe II el territorio de los Países Bajos. Su primer paso fue obtener la sumisión de las provincias meridionales, lograda por la Paz de Arras (1578) cuya réplica, por parte rebelde, fue la firma de la Unión de Utrecht, al año siguiente.

La situación quedaba, pues, clarificada: Farnesio controlaba el ochenta por ciento de los Países Bajos, mientras el bando rebelde dominaba Holanda y Zelanda. Y quizá hubiera podido a la total unificación del territorio de no haber diversificado su atención Felipe II en otros frentes. Pero sus aspiraciones al trono francés le hicieron desplazar de Flandes a Alejandro Farnesio, enviándole a combatir a suelo galo. Muerto este general, los Países Bajos fueron cedidos a Isabel Clara Eugenia para que los heredasen los hijos nacidos de su matrimonio con el archiduque Alberto, solución parecida a la que en su día proyectó Carlos V. Con ella pretendía contentar a los rebeldes, pero el intento resultó vano pues las Siete Provincias habían elegido ya rey a Guillermo de Nassau, hijo de Guillermo de Orange, respaldado internacionalmente. La Tregua de los Doce Años (1609) vino a cerrar la primera parte de este conflicto. Acabada ésta, volvía a plantearse el problema de Flandes, sobre el que ahora repercutía la Guerra de los Treinta Años. Tras el desastre de Rocroi, franceses y holandeses invadieron aquel territorio, quedando sólo en poder del archiduque Leopoldo de Habsburgo las zonas de Gante, Brujas, Amberes y Namur. La paz de Westfalia (1648) ponía fin a la guerra y también al conflicto flamenco reconociendo la independencia de las Provincias Unidas, cuya flota controlaba la navegación por el Escalda. (V, pp. 580a-581b).

TÚNEZ, Batallas de (1535, 1541, 1573-1574). Los éxitos obtenidos por el conde Pedro Navarro a comienzos del siglo XVI en Orán y Trípoli movieron a los soberanos de otras plazas del litoral norteafricano -Argel, Tremecén y Túnez- a hacerse tributarios de España, si bien es cierto que esta sumisión fue siempre frágil, producto sólo de unas circunstancias determinadas. Y apenas fallecido Fernando el Católico, los monarcas de Argel y de Tremecén llamaron en su ayuda al nuevo poder surgido en el Mediterráneo occidental, el de los hermanos Barbarroja, para sacudirse la dependencia española. Pero fueron víctimas de la traición y se vieron despojados de sus reinos, que cayeron en poder de Arūy. A su muerte, es otro hermano, Jayr al-Dīn, el gran Barbarroja, quien hereda aquellos territorios. Su ambición, sin embargo, era apoderarse de Túnez, y consigue realizar su propósito en 1534, tras destituir al monarca *hafsi* Muley Hassān. La caída de Túnez y el poder creciente de Barbarroja, no podía por menos inquietar a Carlos I, cuyos dominios mediterráneos eran objeto de las continuas incursiones del pirata, que amenazaba asimismo la navegación marítima. De ahí que pase a la ofensiva, decidido a cortar la escalada de Barbarroja, que se hallaba bien protegido por la ayuda turca. Y con el pretexto de amparar la causa del destronado soberano, marcha contra Túnez en 1535 al frente de una poderosa escuadra y un numeroso ejército, en el que figuraban naves y tropas españolas, sicilianas, genovesas, alemanas, portuguesas, pontificias y de los Caballeros de San Juan de Malta, mandado por los más afamados marinos y militares, como Álvaro de Bazán, Andrea Doria, el marqués de Vasto y el duque de Alba.

La campaña se desarrolló en dos etapas, conquistándose, en un primer momento, la Goleta, y luego la ciudad de Túnez. Entre los resultados de esta victoriosa acción -en la que combatió

personalmente el propio emperador- cabe destacar la liberación de numerosos cautivos, el descubrimiento de documentos comprometedores que venían a demostrar las relaciones que unían a Barbarroja con Francia, y, por encima de todo, el afianzamiento del prestigio español. Pero la empresa tuvo la faceta negativa de no haber logrado la captura de Barbarroja, que pudo huir a Argel. Y su desquite no se hizo esperar. El saqueo de Mahón fue su respuesta. Seis años más tarde, en 1541, Carlos I volvería a intentar el enfrentamiento directo con Jayr al-Dīn, llevando la lucha a su propio terreno, Argel; pero esta vez, la amargura del fracaso y el desprestigio consiguiente caerían del lado español. Transcurrido algún tiempo, y reinando ya otro monarca -Felipe II-, dirigieron los españoles una nueva expedición que tenía Túnez como objetivo. A su frente iba don Juan de Austria, que se apoderó de la Goleta y de Túnez sin apenas resistencia, debido a las disensiones internas que tenían enemistadas a las poblaciones turca y árabe de la ciudad (1573). Pero el dominio español sobre Túnez fue efímero, ya que apenas un año permaneció bajo pabellón español. Una poderosa armada turca mandada por Sinān Bajá se apoderó de la Goleta, y a continuación de Túnez, no sin sufrir cuantiosas bajas (1574). (V, pp.1165b-1166b).